

PATRIMONIO: ¿UN RENOVADO CAMPO DE BATALLA?

Sobran ejemplos de la destrucción de museos, ciudades y objetos, tanto a causa de guerras o disputas, como ocasionados por la desidia de los funcionarios. Hay que reforzar el control social.

- ARQ
- 21 May 2019
- Por Graciela G. de Kuna Doctora Arquitecta



Desde hace unos años venimos observando horrorizados como ante cualquier disputa o escaqueo, de manera encubierta o en abierta guerra, el patrimonio de los pueblos es objeto de destrucción y público menoscabo. Me pregunto, por qué es un hecho que como escarmiento, agresión o sencillamente venganza, los objetos más queridos y representativos de las poblaciones son depredados sin ningún pudor o contemplación. Guerras en donde la destrucción no sólo está en la gente -pobres, desvalidos, sin techo, sin familia, en un constante peregrinar por mejores condiciones de vida- sino también y con saña sobre sus objetos más preciados.

También podríamos enmarcar en lo anterior la casi desaparición de las manifestaciones rusas dentro de los estudios acerca de las vanguardias de principios del siglo XX. El atentado contra el patrimonio es también su oscurecimiento.

Para visibilizar esta situación puede resultar indicado realizar una retrospectiva internacional acerca de algunos de los bienes que han desaparecido hasta ahora y a partir de lo cual se podría hacer algún tipo de relación interpretativa. Esta lista no pretende ser completa, pero indica lo expresado anteriormente: El Templo de Baal Shaminun; el Pórtico romano en Palmira, Siria; el Museo de Bagdad; el museo y la ciudad antigua de Nimrud (foto) y el

museo de Mosul en Irak; el Mausoleo de Tumbuctú, en Mali; una biblioteca y universidad en Trípoli, Libia; los Budas gigantes de Bamiyán, en Afganistán... La lista es casi interminable. Siempre, a lo largo de la historia, los bienes más representativos de las poblaciones que perdieron alguna guerra fueron depredados. Uno de los ejemplos quizás más dramáticos fue el incendio de Persépolis en el 331 a.c. La joya del Imperio Persa cayó en manos del ejército de Alejandro Magno, sin razones aparentes más que la venganza de los griegos. En América, podemos citar la ciudad de México sobre la antigua Tenochtitlán o los templos cristianos sobre las piedras sagradas de los Incas en el Cuzco (actual Perú) o la tumba de Ambrosetti en la reconstrucción del Pucará de Tilcara.

Es que entonces, ¿la venganza y el escarmiento son parte de los grandes motores de la historia? Sí, pueden serlo. Se podría poner como ejemplo a Alemania, desde causante inicial de las guerras mundiales a dueña actualmente del futuro de Europa (en 2011, de la mano de Angela Merkel, primera ministra alemana, la constitución europea priorizó el pago de la deuda pública a cualquier otra deuda de los estados participantes).

El último y nefasto escalón en esta historia de pérdidas de la humanidad y su patrimonio es sin dudas la destrucción de parte de Notre Dame. ¿Cómo puede ser que al artefacto patrimonial casi más importante del mundo se le haya incendiado su techo? Más allá de la premura con la que ya se recolectó el dinero para su restauración, y que muestra esto que afirmaba en el párrafo anterior, ¿cómo puede ser que en proceso de restauración, con los andamios y todo dispuesto, aduciendo un accidente haya acontecido el incendio? ¿Cómo es que tan rápidamente han decretado que fue un accidente? Hemos visto en muchas situaciones la desidia en los cuidadores del patrimonio, hemos visto cómo se destrata un bien patrimonial en manos de gente sin vocación. Pero con Notre Dame ello no ocurría; siempre fue un lugar muy custodiado, ya que se lo sabía uno de los más venerados por las generaciones. Es que se lograba una sensación espacial de ensueño con su gran altura, con la entrada del rayo de sol coloreado a través de sus amplios ventanales. Era el triunfo del Gótico sobre el anterior Románico oscuro, ese rayo que materializaba en colores los vitrales de la Catedral. Que cumplieran con su promesa: la hacían una Catedral de Luz.

Todo esto nos ayuda a concluir que debemos ser más cuidadosos con esos bienes que, como sociedad, recibimos como legado. Los administradores transitorios de los mismos, como el caso de Notre Dame el presidente francés Emmanuel Macron, se toman muy a la ligera sus deberes para con el patrimonio, posiblemente más preocupados por el propio que por el colectivo, como que ha salido a declarar sin ningún conocimiento que en cinco años estará restaurada.

Hemos asistido a la destrucción de bienes que estaban desprotegidos, pero también de aquellos que no lo estaban. Siempre aduciendo desconocimiento... No es excusa, sino que es su obligación, deben saberlo. Algo así sucede entre nosotros, sin ir más lejos y sólo tomando algunos casos de Buenos Aires, tenemos ejemplos como el edificio de la Società Unione Operari Italiani, excelente obra de Art Nouveau italiano, que después de un sinuoso recorrido finalmente parece que será finalmente restaurada. La Casa Calise también estuvo en peligro, aunque se recuperó para gloria del barrio de Balvanera y disfrute de todos los ciudadanos. En el interior del país sucede otro tanto: los ejemplos

Los ciudadanos de a pie debemos reforzar nuestro trabajo para extender la protección sobre aquellas obras de la historia dignas de conservarse.

de Misiones dan cuenta de ello. La provincia cuenta con obras de la modernidad que fueron destruidas, como las Comisarías de Davidovic, Gaido, Rossi y Testa - sí, Clorindo- en tantas localidades de su interior. La última y más dramática por su excelente estado de conservación fue la de Santo Pipó, cuya intendenta, con descaro, dijo desconocer. O el Parador Turístico de San Javier, de Soto y Rivarola, que fue reemplazado por un casino. Es entonces cuando aparece la certeza de que nosotros, los ciudadanos de a pie o respaldados en las universidades, debemos reforzar nuestro trabajo permanente para extender la protección sobre aquellas obras de la historia dignas de conservarse y que aún no están preservadas. Pero también hace falta

control social sobre el manejo de los administradores que se dedican al cuidado de los bienes que sí están en las listas de patrimonio. Es necesaria nuestra continua mirada para ver si sus procedimientos son los adecuados, si la gente es idónea, si su trabajo es el correcto. Son nuestros bienes y tenemos por ello todo el derecho de preocuparnos y accionar antes de que la pérdida sea irreparable, ya que si bien el techo de Notre Dame puede ser reparado a nuevo, no será el mismo techo, no serán aquellas vigas de árboles de roble que durante siglos la protegieron. No será auténtico. «